

Capítulo 19 - Luces pálidas

Tristán nunca había sido del tipo que encontrara reconfortante el trabajo sin sentido. Había visto a demasiadas personas romper sus cuerpos apilando piedras y limpiando canales para creer que había algo noble en el trabajo, sin importar las palabras sobre la dignidad de sudar por un salario.

Se acariciaba y alimentaba a los caballos con zanahorias, pero cuando envejecían todavía los convertían en pegamento.

Sin embargo, el ladrón no temía al trabajo cuando tenía buenas razones, y había muchas para cuidar el jardín. Por ejemplo, había visto a Song esbozar los comienzos de una hoja de tareas, por lo que sería mejor adelantarse y posicionarse como el jardinero designado para evitar ser voluntario para algo peor.

La cantidad de jabón que Tianxi había comprado prometía una inevitable cantidad de fregado en un futuro cercano.

—Oh, este es rojo —dijo Fortuna con entusiasmo—. ¿Crees que es venenoso?

Tristán observó la maleza en cuestión, cuyo tallo era rosado y llevaba hojas ovaladas de color rojo cubiertas de delgadas hebras blancas, algo parecidas a cabellos. Ni siquiera era la planta más sospechosa que había encontrado en los restos del jardín antiguo de Sakkas, por lo que se alegró de haber comprado guantes de cuero.

—Si esto es el preludio de que intentes hacer té con ella, me niego —le dijo a la diosa.

—Cobarde —lo acusó la Dama de las Grandes Probabilidades, alejándose para sentarse a su lado.

Su vestido rojo parecía lanzarse al viento de manera imposible mientras ella se acomodaba, su dedo barría su cabello dorado para dejar al descubierto el collar en su cuello, un caos de rubíes y perlas que lamentaba no poder vender en el mercado. Mirando la maleza, Tristan la tomó cuidadosamente y la arrancó, asegurándose de sacar todas las raíces. Cuando estuvo satisfecho, la lanzó a la pila detrás de él.

—Ya no me escuchas —continuó Fortuna, con un tono que empezaba a demorar.

—Nunca te he escuchado —respondió Tristan distraídamente, arrancando otra maleza.

—Al menos podrías dejar que pruebe a Song —insistió—. Sabes que planeabas hacerlo antes de que Maryam te apretara—

Su mano con guante se detuvo a mitad de la tarea, girándose para mirarla con furia, lo que solo le hizo sonreír.

—Tuvimos un desacuerdo, eso es todo —dijo Tristan.

Fortuna respondió con un gesto extraño y mal ejecutado que solo el sonido que produjo, como un “wu-paah”, dejó entender que pretendía ser un látigo.

—Vamos —persuadían las diosas—. No tiene que ser justo en medio de la cena. Puedo esperar a que estemos las tres en la habitación, fingiendo que le voy a dar una bofetada—

Arrancó la maleza y se la lanzó en la cara, atravesándola sin tocarla.

—Grosera —lo increpó Fortuna.

—La probaremos, eso no ha cambiado —dijo Tristan—, pero le concederé unos días más de descanso.

La diosa, que ya sonreía de nuevo, abrió la boca pero él levantó una mano para silenciarla de antemano.

—Y no, Maryam no es la razón —dijo el ladrón—. Además, eso no es lo que suena un látigo, lo estás haciendo mal.

Fortuna escupió inapropiadamente, comenzando una diatriba acerca de cómo alguna vez tuvo látigos de oro puro dedicados a su honor y que nadie en Vesper podía entender mejor qué sonido producía un látigo al crackear. Tristan rodó los ojos y volvió a arrancar malezas.

Sentirse acorralado por Maryam no había sido agradable, y quizás había algo de verdad en su afirmación de que había ido demasiado lejos con Song, pero Tristan no lo creyó entonces y no lo hacía ahora. Recordar que, si Song se volvía contra él, tenía los medios para arruinarla, no era una amenaza, sino equilibrar la balanza. Teniendo en cuenta lo alterada que estuvo aquella noche, podría haber conseguido mucho más de ella; por eso, en su opinión, había demostrado bastantes muestras de control.

Maryam claramente sostenía una opinión diferente; la idea de “pisotearla cuando está abatida” se mencionó en varias ocasiones, pero él había cedido en gran medida para poner fin a la conversación. Ella quedó al tanto, y su furia creció aún más, aunque, para decir la verdad, nada de lo que había dicho desde entonces lograba mover el equilibrio. Song Ren no era su amiga, sino alguien con quien Tristan comerciaba ocasionalmente. Para mantener funcional el Terceriza, él estaba dispuesto a brindarle algún apoyo ocasional, pero no le debía nada.

Que Maryam claramente lo considerara una amiga influiría en sus juicios futuros, pero eso era todo.

“No entiendo por qué debería esperar,” refunfuñó Fortuna. “Quieres que confirme si ella realmente me ve, y como insistes en que tu amiga no es suficiente para detenerte, entonces no hay nada que nos impida avanzar.”

Tristan suspiró. En principio, pensaba esperar solo uno o dos días, así que ella no estaba siendo totalmente una molesta sin razón.

“Teratología, esta mañana,” dijo.

“El hombre con bigote delgado, que le gusta oírse hablar,” respondió Fortuna, inclinando luego la cabeza ligeramente. “Aunque supongo que sí, se metió un poco con ella. ¿Por qué nos importa?”

A veces era fácil olvidar que la Dama de Altas Probabilidades no era humana, a pesar de llevar una máscara para disfrazarse. “Meterse con ella” era una forma interesante de describir la humillación pública de Song Ren ante un centenar de sus pares, demoliendo su reputación y marcándola como veneno solo con tocarla, y probablemente también en toda Scholomance para el final del día. El profesor Yun Kang había sabido exactamente lo que hacía con ese discurso.

Pero Fortuna era una diosa, por lo que ni la humillación ni ser convertida en paria pesaban demasiado en su balanza mental. No se vería dañada por tal experiencia, por lo que realmente no podía considerarla un ataque en el sentido profundo.

“¿Sobre Song? Nosotros no,” respondió él.

Fortuna frunció el ceño.

“Entonces, ¿por qué?”

“Porque nosotros no,” respondió Tristan con firmeza, “nos alineamos con los arrendadores.”

Y eso era lo que significaba el profesor Kang, cuando le quitabas la capa negra y el título. Solo otro rey mezquino sentado en su tierra, racionando tu derecho a tener un techo sobre la cabeza. Un arrendador de conocimientos en lugar de casas, pero Tristan conocía muy bien ese tipo de tono y esa pequeña sonrisa. Yun Kang era el peor de su especie, aquel que prometía retrasar tu renta si entregabas a los otros inquilinos. No, nunca te aliarías con el arrendador, incluso cuando eso costaba muy caro.

Tarde o temprano, serían ellos quienes vendrían a sangrarte hasta la última gota: no podía existir paz con un sanguijuela, solo una tregua hasta que volviera a tener hambre.

El profesor Kang había marcado públicamente a Song con la esperanza de que los demás la confrontaran, y sin duda le ofrecería pequeños favores a quienes ayudaran a derribarla. Pero Tristan conocía ese juego y no participaría en él; por eso, Song Ren recibió un respiro de su parte: sería probada solo cuando hubiera retomado su confianza, porque se negaba a que sus propias acciones facilitaran los planes de ese tipo de hombres.

“Así que nos cae peor el profesor, eso está bien,” reflexionó Fortuna. “Podría pegarle un puñetazo en su lugar, si quieres.”

Él la miró, levantando una ceja.

«¿Qué te sucede últimamente con lo de pelear a golpes?»

«Dijiste que no podía vengarme de Hage,» afirmó ella.

«Te dije que debías pedirle disculpas a Hage,» corrigió Tristan.

Ella desestimó sus palabras con un gesto de la mano y luego hizo una mueca.

«Y también he estado sintiéndome inquieta,» admitió la Dama de las Probabilidades Improbables.
«Algo en el ambiente aquí me resulta estimulante.»

¿Fortuna con mayor vigor? Ahora sí que aquello podía convertirse en la materia de pesadillas. Ella ya era una molestia cuando estaba perezosa.

«¿Es porque Tolomontera es una fuente de éter?» se aventuró a preguntar.

Los dioses eran como peces que nadan en el éter, así que tal vez ese cambio metafórico del agua había sido bueno para ella.

«Quizá,» murmuró Fortuna.

Por más que él hubiera sentido inclinación a seguir explorando esa idea, la diosa se levantó en señal de que no quería continuar hablando del asunto. Mejor no insistir, pensó Tristan, o en el futuro ella se pondría recalcitrante respecto a ese tema. En su lugar, volvió a ocuparse de las labores de deshierbe hasta completar toda la parcela rectangular que había delimitado anteriormente. A ese ritmo, aún le tomaría días limpiar el huerto completo, pero ya empezaría a sembrar antes de terminar. Ya habían comprado semillas con fondos de la brigada y él estaba ansioso por utilizarlas.

Fueron unos cuantos viajes trasladando los montones de hierbas arrancadas a una esquina del huerto, donde las dejaría secar por un día antes de incinerarlas, cuidando de no tocar su piel desnuda en ningún momento. Dudaba que alguna planta que hubiera sobrevivido tanto tiempo cerca de la cabaña de un arzobispo de la Casa Sin Sol fuera totalmente inofensiva.

Aunque había concluido con las tareas que había decidido para ese día, el ladrón optó por inspeccionar los límites del huerto una vez más. Claramente, Tredegar tenía intención de usar parte del espacio para sus ejercicios, lo cual le parecía justo, y sospechaba que pronto también habría una propuesta para un campo de tiro. Lo mejor era delimitar esas zonas ahora, para que las disposiciones no fueran improvisadas más adelante. Ya había medido las dimensiones con una cuerda, pero aún faltaba definir en qué lugar colocar los arbustos y el resto de elementos.

«Hmm,» dijo Tristan, deteniéndose.

Fortuna se inclinó sobre su hombro.

«¿No cavaste eso, verdad?» preguntó ella.

«No,» afirmó él. «No lo hice.»

Entonces, ¿por qué había tierra recientemente removida en una esquina del huerto, escondida tras los arbustos? La curiosidad le llevó a buscar la pala y averiguar. No encontró nada y empezó a pensar que quizás alguien había cavado por simple ejercicio —algo que Tredegar fácilmente podría hacer— hasta que, a una profundidad de un pie y medio, topó con algo sólido. Aflojó la tierra alrededor y continuó cavando a mano, descubriendo lo que parecía ser... trozos de pollo comenzando a pudrirse. Frunciendo el ceño, Tristan examinó las piezas y notó que algunas estaban ligeramente carbonizadas en la base.

No había duda de quién había cocinado aquello, pero sí por qué la habían enterrado.

«¿Cebo para animales?» sugirió Fortuna.

No, parecían resistir las protecciones que Sakkas había dejado. Tristan no había visto ni una sola rata por la zona, aunque sí había insectos, por lo que esas barreras no eran completamente efectivas. Colocó de nuevo la pieza en el agujero.

«Esperaremos hasta la próxima semana para probar a Song,» finalmente declaró.

«¡Vamos! Si acaso, ¡arruinar un pollo debería costarle un día!» protestó Fortuna.

“Solo un idiota pelea por posición con alguien que está en el borde de un acantilado,” gruñó el ladrón en respuesta. “Maryam tenía razón.”

No por las razones que ella le había dado, sino por mérito donde lo merecía. Volvió a enterrar el pollo y alisar el suelo antes de esparcir algunas ramitas y hojas secas sobre él. Tras guardarse los guantes en el cinturón, se estiró y suspiró. Trabajo suficiente por hoy. Guardó la pala y rodeó el camino del jardín, cada vez más visible, para volver al interior, descubriendo que otro había llegado mientras él estaba distraído.

Angharad Tredegar permanecía sentada en la mesa baja junto a las ventanas, el uniforme aflojado y una copa de vino en la mano. Ayer habían comprado y traído nuevas sillas, así que ella podría haberse sentado en la mesa de la cocina en lugar de en el suelo del salón, pero él consideraba que la vista era más hermosa donde ella se encontraba. Sin embargo, todavía faltaba mobiliario alrededor de la mesa baja. Tristan se había llevado una decepción al descubrir que los muy confortables sillones en los que se había sentado en la Hora de la Hechicería estaban podridos hasta los huesos, aunque no habría habido suficientes para todos de todas formas.

“Buenas tardes, Tristan,” dijo Tredegar, girando para mirarlo, y él quedó inmóvil.

La mujer de piel oscura tenía lo que parecía un ojo negro hinchado en el lado derecho y algunas contusiones en la mejilla opuesta. Dioses, ¿quién la habría atacado para que la golpearan? ¿El séquito mismo de Lucifer? Solo ella parecía de buen humor, no enfadada, así que debía sentirse invicta.

“Buenas tardes,” respondió lentamente, arqueando una ceja. “¿Te has limpiado eso adecuadamente?”

“Con agua basta para las contusiones,” empezó ella, “seguramente—”

Suspiró y fue a buscar el botiquín que había adquirido en la comisaría de la Guardia por una suma insignificante, aunque allí habían notado su nombre y su unidad, por lo que no podría comprarlos por docenas y revender a un precio más alto. Tocó un paño suave con alcohol y se sentó a su lado, indicándole que se volviera a quedar de frente a él. Aunque Tredegar parecía algo avergonzada y murmuró algo sobre las molestias que le producía, ella le permitió limpiar su rostro. Algunas heridas en la mejilla habían rajado la piel, por lo que el roce del paño debió doler, pero su expresión no mostró ningún estremecimiento.

“¿Qué ocurrió?” preguntó. “Tenía la impresión de que no tenías clase de Skiritai hoy.”

“No fue obligatorio,” dijo Tredegar. “El Mariscal organizó rondas de entrenamiento con enfrentamientos entre nosotros para evaluar nuestra capacidad con acero, pólvora y puños, así podríamos escoger mejor a nuestros compañeros para la pelea del quinto día.”

Las expectativas de Tristan sobre lo que podrían pedir a los estudiantes de Skiritai eran altas, pero aún así le sorprendió que ‘abrir una caja misteriosa llena de monstruos devoradores de humanos’ resultara ser su clase introductoria; y que la situación marginalmente mejorada de poder elegir al próximo enemigo con conocimiento previo se convirtiera en una práctica semanal. Le lanzó una mirada de reojo.

“Supongo que la pelea terminó contigo,” preguntó Tristan.

La noble se mostró con una mueca.

“Mu Chen He es un diablo de cerca, cosa que debí haber deducido cuando me buscó para pelear,” dijo ella. “Pero, en realidad, lo derroté con un arma. Él inclina hacia la izquierda y su paso es débil al retirarse.”

“¿Lograste que use su contrato?” preguntó con curiosidad.

Al mismo tiempo, intentó limpiar una mejilla ya limpia, como distracción, mientras su mano se desplazaba sutilmente hacia el costado de su chaqueta. La manga todavía debería estar en el bolsillo.

“El mariscal de la Teverin prohibió su uso”, le informó Tredegar. “Insiste en que—”

Apenas sintió cómo sus dedos atrapaban su muñeca antes de arremeter contra la mesa. Gruñó de dolor, retirando su mano cuando ella la soltó, y suspiró mientras fingía limpiar su mejilla con fingida indiferencia.

“¿Qué delató esta vez?”, preguntó él.

La noblesonriente con cierto aire de suficiencia.

“Siempre intentas con tu mano derecha”, dijo ella. “He empezado a llevar la cuenta de cuándo ocultas mi línea de visión con la izquierda.”

Él tarareó pensativo. Era un hábito desagradable, tendría que trabajar en ello. La propia mano de Tredegar se metió en su bolsillo, sacando la moneda de hierro con borde de cobre que había estado intentando robar.

“¿La necesitas de vuelta?”, preguntó ella.

Sacudió la cabeza.

“Quédate con ella”, dijo Tristan. “Necesito seguir practicando. Hage dice que en dos semanas, sin importar mi progreso, me hará empezar a practicar con la mano contraria.”

“¿Plantando monedas?”, preguntó Tredegar, amusada. “Qué generoso.”

Era mejor que ella no considerara qué más podría plantar, una vez dominara los trucos. Aun así, le resultaba algo divertido que en Sacromonte se considerara a sí mismo un ladrón demasiado fino para practicar algo tan arriesgado como robar con las manos, pero ahora, como Máscara, se entrenaba en ello.

“Gracias por la ayuda”, dijo sinceramente. “Maryam nunca se da cuenta, así que no sirve de mucho.”

Y Song había declinado participar, lo cual empezaba a parecerle quizás lo mejor.

“Me ayuda a mantenerme alerta”, dijo Tredegar feliz. “Es un buen entrenamiento para mí también.”

Tristan se levantó, guardando su equipo médico y estirándose una última vez. En otras circunstancias quizás habría sentido tentación de echarse una siesta antes de comenzar las lecturas asignadas por el profesor Sasan, pero su mirada se desviaba hacia el jardín.

“Cocinaré esta noche”, decidió.

Tredegar se mostró interesada.

“¿En serio?”

“Es una receta que aprendí de mi madre”, dijo Tristan, rodando su hombro. “Sopa de colcha.”

“Soup de colcha”, tradujo la Pereduri. “Nombre curioso. ¿De qué está hecha?”

“De lo que quede”, respondió con sequedad. “Vamos, puedes ayudarme a prepararla.”

Su principal aportación fue traer agua del pozo, pero al menos hizo el intento.

—

Era agradable cuando las respuestas le caían justo en sus manos, especialmente considerando cuánto tenía que buscar secretos a escondidas.

Había esperado que la clase de Teología fuera solo un complemento para él, y nada de lo que vio al principio lo convenció de lo contrario. Se sentaban en el mismo salón usado para el Mandato, incluso en la misma mesa—Song también se había sentado allí, y desde ayer todos la trataban como si fuera de vidrio, aunque permanecía calmada por fuera, nadie se atrevía a sugerir otro lugar. Esta vez, el profesor comenzó exactamente en el momento anunciado, sin estudiarlos a través de la rendija como hacía el profesor Iyengar. La profesora Malba Artigas era alta, de cabello rubio y tendía a fruncir el ceño con expresión bastante severa ante cualquier mínima distracción. El ladrón también tenía la certeza de que ella era corregida—es decir, una mujer que en algún momento creyeron que era hombre.

La profesora Artigas se presentó como una señalizadora del Gremio de Akelarre, sin mencionar sus cualificaciones ni siquiera su rango, y cuando un estudiante murmuró algo en el fondo del aula, trazo un Signo y le infló la lengua hasta el tamaño de una longaniza durante media hora. Le colgaba fuera de la boca, negra como alquitrán, parecido a alguna babosa de cuero.

Nadie se atrevió a chismear después de eso.

Su manera de impartir clases era más similar a la del Profesor Kang que a la del Profesor Iyengar, moviéndose apenas para llamar la atención del aula, esperando que se tomaran notas copiosas. Exponía la naturaleza de lo que se estudiaría en el primer año—las fuerzas metafísicas esenciales, la divinidad y lo infernal, los Límites de los contratos y las Señales—hasta que, de repente, lograba captar por completo la atención de Tristan.

“El concepto introductorio que deseo que se lleven de esta clase hoy es uno de los fundamentos de la Teología, la ‘Escala de órdenes de Necalli’,” dijo la Profesora Artigas. “También es llamada por algunos el ‘orden de las entidades’, en referencia a su uso más común.”

Tristan, quien hacía poco había leído que Fortuna estaba decidida a no ser una ‘entidad de segundo orden’, se inclinó con entusiasmo. Se escuchaban susurros leves en la parte trasera del aula, pero esta vez la profesora no alzó la mano para castigar a los responsables.

“Para quienes no están en el camino del Sabio, la sorpresa al escuchar que Necalli se menciona sin un maldición es comprensible,” concedió la profesora. “Para quienes aún permanecen en la oscuridad, Necalli Suchil fue un gran señor fronterizo que gobernó en el noreste de Izcalli durante y después de la unificación de ese reino.”

Oh Manes. Lo malo adquirió un matiz distinto cuando se mencionaba a un noble de Izcalli con tropas cerca de la frontera. La Profesora Artigas cruzó los brazos.

“Necalli se preocupaba profundamente por la decadencia y destrucción de los dispositivos de Resplandor en la región, hasta el punto de optar por rendirse ante la Casa de Toxtle como vasallo en lugar de luchar por seguir siendo rey,” explicó. “Luego pasó casi treinta años, y una fortuna

enorme, estudiando los misterios más profundos de la Gloam, el Resplandor y el éter, en una escala sin precedentes.”

Eso no sonaba tan mal, pero la leve mueca en el rostro de la mujer rubia le decía otra cosa.

“Durante ese proceso, se cree que Necalli esclavizó, asesinó y torturó a unas dieciséis mil almas, en los alrededores,” añadió la profesora Artigas.

Y allí estaba.

“Aunque esa realidad sea desagradable, Necalli Suchil es el padre de la disciplina moderna de la Teología,” continuó la profesora. “Sus escritos son fundamentales y su obra principal, la escala de órdenes, ha llegado a ser el consenso académico.”

Un vistazo al aula revelaba miradas oscuras, en varias personas—tanto Someshwari como Izcalli entre ellas. El Reino de Izcalli había sido unificado en lo que, ¿el Siglo de la Pérdida? El hombre debió ser detestado más allá de toda rivalidad, pues su nombre aún lanzaba una sombra después de quinientos años.

“El primer aporte de Necalli a la disciplina es el principio de ocupación, que establece: la misma cantidad discreta de éter no puede sostener dos afectos simultáneamente, manteniéndose susceptible a las presiones de la masa.”

La profesora Artigas tomó su tiempo para escribirlo en la pizarra, con una caligrafía enroscada y elaborada, pero lo suficientemente clara para ser leída.

“En términos simplificados, el mismo éter contaminado por la ira de un hombre no puede, a la vez, estar contaminado por la tristeza de otra persona, pero un conjunto de una ciudad en duelo expulsará la rabia de una madre soltera. Como un dios en su estado inicial es, en esencia, un conjunto de éter contaminado, esto significa que los dioses no pueden ‘superponerse’.”

Ella dirigió una mirada firme al grupo.

“Esa es la razón por la cual, por ejemplo, existen miles de dioses guerreros regionales en lugar de un solo ente así para todo Vesper.”

Tristan giró ligeramente la cabeza, apenas siguiendo el tema. Entonces, los dioses eran como pequeños reyes en la Penumbra, cada uno recolectando en un puñado de calles y dándose empujones en las rodillas, para que ninguno lograra dominar y cobrar de un territorio demasiado grande. Los dioses mayores, como los Manes, serían equivalentes a las grandes camarillas que habían acaparado una porción mayor de la ciudad, reuniendo suficientes matones para que nadie pudiera desplazarlos.

"Después de haber probado el principio de ocupación a través de sus experimentos, Necalli procedió a crear sus órdenes de escala: una medida del 'espacio' conceptual que una entidad ocupa en el éter simplemente por existir."

Pensó, entonces, en la calificación de los tamaños de las camarillas: qué territorio podrían reivindicar. La profesora dibujó en la pizarra un número seis.

“Los animales,” dijo la profesora Artigas, “son entidades de orden sexta. Este es el nivel más bajo, lo que significa que su rastro en el éter es el más diminuto de todos los seres vivos. Sus emociones, por limitadas que sean, generan una emanación en el éter tan pequeña que, hasta avanzado el Segundo Imperio, se creía que no poseían ninguna.”

Sobre el seis, trazó un cinco.

“Los humanos son entidades de orden quinta,” explicó la profesora. “Las emanaciones de la alma de un individuo son medibles, pero no de importancia matemática. Sin embargo, la gran mayoría de los seres en Vesper son entidades de orden quinta, por lo que, por pura cantidad, este nivel ejerce la mayor influencia en el éter.”

A continuación, siguió un nivel cuatro.

“Las entidades de orden cuarta son las menos de las que llamamos dioses —es decir, intelectos del éter que se alimentaron de un espectro particular de contaminación etérea hasta que llegaron a definirse por ella, formando así una entidad continua.”

La profesora dibujó una línea larga, como para separar los órdenes que seguirían del resto, y luego trazó el número tres.

“Las entidades de orden tercera son lo que llamamos ‘dioses manifestados’,” dijo la profesora Artigas con firmeza. “Dioses que adoptaron una forma física. Este nivel de entidades presenta la mayor variedad en la escala, siendo el más débil susceptible a ser dominado por entidades de orden cuarta, mientras que las más poderosas pueden ser objeto de veneración en naciones enteras —recordemos a la Luna-Devoradora de Izcalli y al Señor del Mil Ojo de los Someshwar. Las entidades de orden tercera han estabilizado su existencia, y salvo que sean dañadas, continuarán existiendo para siempre.”

Su mirada fija en ellos.

“Esto no siempre es una bendición,” agregó la profesora Artigas. “Un dios que se manifestó en lo material pero cuyo ‘espacio’ en el éter ha sido succionado por otras entidades entrará en lo que llamamos rabia: pérdida de intelecto combinada con una necesidad existencial de crear masas de contaminación etérea para alimentarse y recuperar su espacio.”

Eso no tenía sentido, pensó Tristan. Fortuna era lo suficientemente débil como para ni siquiera poder desplazarse, entonces, ¿cómo podía pertenecer a un nivel superior al de los dioses manifestados? ¿Por qué el Vigilante pensaría siquiera en que fuera posible?

“Las entidades de segundo orden son las más altas registradas,” continuó el profesor, marcando el número. “Son dioses no solo manifestados, sino que se convierten en una parte tan integral de un concepto que se alimentan simplemente por su existencia continua en la conciencia humana.”

Luego, se frotó el puente de la nariz, mirando distraídamente a su alrededor. Fortuna no parecía estar allí —normalmente no lo estaba en las clases—, así que, con suerte, no había oído eso. Lo último que necesitaba era que ella se creyera una encarnación de la suerte o alguna tontería parecida.

“Estar en presencia de tal entidad puede matar a la mayoría de los humanos, ya que son tan grandes y sólidos en el éter que resulta casi imposible desplazarlos por otras presiones,” dijo suavemente la profesora Artigas. “Tu alma, incapaz de emitir tus emociones en el éter, se inflará como una vejiga de vino rebosante hasta explotar.”

Tristan frunció el ceño ante eso, y no fue el único. La profesora apartó un mechón de cabello que se escapó de su elaborado peinado —rizado, retorcido y recogido con horquillas—, y sonrió por primera vez desde que entró en el salón.

“La única manera conocida de superar esta dificultad es exponer a individuos de una edad en la que hayan comenzado, pero no terminado, de fusionar su alma con un éter de alta densidad,” dijo ella. “Durante un período de varios años sería lo ideal, permitiendo que el alma se vuelva... flexible, por falta de un mejor término.”

Ninguno en el salón era lo suficientemente insensato, pensó Tristan, como para no darse cuenta de que Tolomontera se encontraba en uno de los pozos de éter más grandes de Vespero. Ni para no entender la indirecta que el profesor estaba dejando entrever.

“Lamentablemente, no crearíamos inmunidad al efecto, pero sí permitiría a tales individuos permanecer en presencia de tal deidad sin morir por asfixia metafísica,” dijo el profesor Artigas, y su sonrisa desapareció al instante.

El último número, uno, fue sacado casi como un pensamiento posterior.

“Las entidades de primer orden son completamente teóricas, pero constituyen la conclusión lógica de la escala de órdenes de Necalli,” les explicó. “La voluntad de un ser así sería absoluta dentro del éter, y, por medio de una simetría conceptual, sería capaz de moldear la realidad con solo un pensamiento.”

Ella encogió los hombros.

“El Dios Durmiente, si es que existiera, sería una entidad así.”

La conferencia no duró mucho más después de eso, y Tristan solo escuchaba en parte. ¿Qué tenía Fortuna que había llevado a la Guardia a considerar que podía estar tan alta en la escala de órdenes?

¿Y por qué era que, cuanto más aprendía, más respuestas se convertían en preguntas en su mano?

--

La guerra contaba con dos instructores y un montón de asistentes.

Los dos se presentaron como Capitán Rhys y Capitán Nandi. El primero era un Stripe, la segunda, Skiritai, y compartían el apellido Khota. Casados, decidió después de observarlos un rato. Rhys sonaba a Pereduri — nombre tanto como acento, similar a Tredegar — mientras que la capitana Nandi tenía un tono de piel notablemente más oscuro y era casi un pie más alta. Rhys era lo suficientemente apuesto para recibir miradas de admiración, con dos tornillos dorados en su labio que se movían cada vez que sonreía, mientras que su esposa tenía tantas cicatrices que Tristan habría creído, si le hubieran dicho, que había caído de rostro sobre un montón de cuchillas de afeitar.

La clase del día se realizaba en un campo de entrenamiento escondido entre dos alas de Scholomance, a pocos pasos de la plaza exterior. Los picos clavados en el suelo eran mucho menos frecuentes, con distancias mayores entre ellos, pero el paseo hasta allí no era más placentero por no estar en los pasillos de la escuela. Siluetas parecían seguirlos desde los tejados, sombras ocultaban fosos y ventanas inquietantes. Los estudiantes se habían desplazado en grupo sin que alguien propusiera la idea, una ligera inquietud hacía que cerraran filas.

Los dos capitanes no estaban solos en el campo, también había un pequeño grupo de oficiales a su alrededor. Rhys explicó que Guerra alternaba prácticas individuales dirigidas por Nandi y estudios tácticos basados en cábala, que eran su parte de la clase. Su esposa repetía sus frases cuando él se quedaba en silencio, y viceversa, lo cual a Tristan le resultaba molesto, aunque muchos a su alrededor parecían encontrarlo encantador. Lo que la Malani explicó fue que, más que en cualquier otra clase general, la evaluación de Guerra sería de manera flexible.

A diferencia de la promesa del profesor Kang de realizar una prueba cada dos semanas como mínimo, ninguno de los capitanes planeaba seguir de cerca a sus alumnos.

“Conocimiento básico de puntería con un arma de fuego de su elección y un nivel aceptable en combate cercano, armado o sin armas, será todo lo que requieran para aprobar al segundo año,” dijo la capitana Nandi. “Confío en que al menos muchos de ustedes serían capaces de pasar esa evaluación hoy.”

“Habrá una prueba al final del año, tanto escrita como práctica, para la mitad táctica de la clase,” dijo el capitán Rhys. “Eso es todo.”

“La guerra existe por dos razones,” continuó su esposa. “La primera es para elevar los convenios no bélicos recomendados a un estándar aceptable en el campo.”

Una preocupación justa, reflexionó Tristan, si fuera a enviárseles en misiones donde todos los cabalistas podrían verse involucrados en el combate. La Guardia no iba a invertir años y una fortuna en entrenar a un Tinkerer solo para que sea devorado por el primer lemure que se infiltre en el campamento durante la noche.

“Y la segunda,” dijo su esposo, “es para quienes desean perfeccionar sus habilidades y tener la oportunidad de hacerlo. De esta clase obtendrán lo que consigan poner en ella, nada más ni menos.”

“Es su derecho aprovecharse sin esforzarse,” reconoció la capitana Nandi. “Algunos lo harán.”

“Y entre esos, algunos vivirán para lamentarlo —si es que les queda vida alguna,” afirmó con dureza el capitán Rhys. “La Vieja Noche no se preocupa por a qué pacto pertenecen.”

Y con esa encantadora nota, explicaron cómo se desarrollaría la curso. El campo de entrenamiento se dividiría en tres partes iguales: una para armas de fuego, otra para combate armado y otra para combate cuerpo a cuerpo. Los estudiantes podían elegir a cuál ir y, durante la clase, podían moverse de un grupo a otro según su deseo. Los capitanes y los otros blackcloaks presentes serían instructores de una de las materias, concentrándose el primer día en evaluar si un alumno estaba en condiciones de aprobar la evaluación de fin de año de la capitana Nandi.

El grupo de estudiantes estalló en charlas al escuchar el anuncio, formando cabales que se agrupaban para discutir. La Decimotercera no fue la excepción.

“Me dirigiré al combate armado,” se ofreció de inmediato Tredegar.

“¿Acaso Skiritai no te presenta ya un reto suficiente?” observó Tristan. “Ya entrenas con ellos.”

“La capitana Nandi se mueve como una verdadera maestra de la espada,” dijo la noble, con los ojos brillantes. “Quiero ponerme a prueba contra ella.”

“Por mí los de armas de fuego,” intervino Maryam. “Ya sé que tengo buena puntería con una pistola.”

Él echó una mirada a Song, esperando escuchar lo mismo. Ella probablemente captó su intención no expresada, porque negó con la cabeza.

“No aprendería nada,” dijo, lo cual debería haber sido una declaración de orgullo.

Pero no lo fue.

“Lo mismo para mí,” afirmó la Tianxi. “Podría aprovechar para practicar.”

Sus ojos se posaron en él, como en el último resistente, y él hizo un gesto de disgusto.

“Combate cuerpo a cuerpo,” dijo Tristan.

Por un momento consideró descubrir si alguien podía enseñarle a manejar la daga —de cerca y arrojadiza—, pero las armas podían ser arrebatadas. Tus manos, en cambio, no.

Bueno, no sin un hacha y algo de esfuerzo, pero si llegaba a eso, tendría preocupaciones más urgentes.

“Sabio,” elogió Maryam. “Aquí no te dejarían lanzar la pistola, y esa es tu mejor oportunidad con ella.”

Lo miró con seriedad. Es cierto en gran medida, pero igual.

“Elegir no portar armas también es una buena opción,” elogió Tredegar. “¡Podríamos practicar en la cabaña por las noches!”

“A ver qué tan mal están mis moretones primero,” resopló el ladrón.

“Recuerda no arriesgarte a sufrir heridas,” los advirtió Song. “Mañana por la tarde nos encargaremos del pacto.”

Una ronda de acuerdos y cada uno se dispersó, como la mayoría de los demás cabales. La asignatura que Tristan eligió resultó ser la menos popular, así que los veinte o más que se dirigían en la misma dirección seguramente recibirían más atención de los instructores. Solo el ladrón empezó a recibir demasiada atención cuando uno de los instructores lo seleccionó de inmediato del grupo.

—Este ni siquiera conoce los conceptos básicos —dijo el Sargento Mandisa—. Le voy a someter a un curso de recuperación.

—Seguramente eso no es—comenzó—.

Ella lo arrastró por la nuca, mientras otros instructores ignoraban su mirada suplicante, mirando hacia otra parte con evidente indiferencia. Ni siquiera podía enfadarse con ellos por ello: Mandisa daba miedo. Lo soltó solo cuando llegaron a un círculo de pintura blanca en la arena, y no con mucha suavidad.

—Un placer volver a conocerte, sargento —sonrió con encanto—. ¿Por qué—

La bofetada en su mejilla derecha no fue fuerte. Ni siquiera dolió del todo; la sensación de punzada fue principalmente por la sorpresa. Apenas vio moverse a ella.

—Pequeño ratón —sonrió Mandisa—. ¿De verdad creíste que Wen no notaría que revisaste sus cosas?

Ah, qué mala suerte. Habría sido agradable salirse con la suya.

—Fue por la misión —dijo, en gran parte cierto.

—Entraste en mi casa —dijo con frialdad—. Mi habitación estaba sin llave, y mis prendas íntimas a la vista.

Tristán la observó con una expresión de confusión ante aquel giro inesperado.

—¿Qué ganaría yo matándote? —preguntó.

Lo que aún resultaba más desconcertante era lo bocabierto que parecía ella ante su respuesta. Él no era el que insinuaba usar un veneno en contacto, probablemente costoso, en prendas íntimas para deshacerse de un oficial de la Guardia que ni siquiera había actuado contra él todavía.

—¿Veneno? —¿Qué estás diciendo? —dijo ella—. Quiero decir, robar las prendas.

Movió la cabeza a un lado, estudiando a la mujer enloquecida.

—¿Para quemarlas? —preguntó Tristan.

Seguramente no podían ser tan caras. No, por la expresión en su rostro, había fallado en su suposición más arriesgada.

—A, claro, para lavarlas —intentó, infundiendo una confianza que en realidad no poseía.

Aunque no podía entender por qué ella estaría enfadada porque él eligiera una opción en su lugar. La sargenta lo miró durante un largo momento, sin parpadear, y luego suspiró. Quizá había pasado alguna prueba, ¿o sería que lo habían descalificado? Era difícil saberlo.

—Muy bien —dijo Mandisa—. No voy a romperte la nariz a propósito.

—Creo que quieres decir accidentalmente —respondió Tristan—.

—No hubo nada—sonrió ella—que fuera accidental, te lo aseguro.

—¿Podría tener otro instructor? —intentó—.

—Soy instructora calificada en combates cuerpo a cuerpo, con buenos resultados en torneos —dijo la Sargenta Mandisa—. Ya tienes al mejor instructor posible, Tristan.

Él suspiró.

—Procura no darme otro ojo morado —pidió—. El último apenas empieza a sanarse.

—Claro —mintió Mandisa.

Revision #1

Created 29 May 2026 10:13:17 by Michael Brown

Updated 29 May 2026 10:13:21 by Michael Brown